

PLEXUS

HENRY MILLER

PLEXUS

Traducción revisada de Carlos Manzano



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Plexus*

Diseño de la colección: Jordi Salvany

Diseño de la cubierta: Edhasa

Primera edición: junio de 2012

© 1962 by Henry Miller © Estate of Henry Miller. All rights reserved
Published by arrangement with Agence Hoffman. Paris.

© de la traducción revisada: Carlos Manzano, 2004

© Edhasa 2010, 2012

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso, unidad C
C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires
Tel. (11) 43 933 432
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-84-350-1973-6

Depósito legal: B-16.326-2012

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquilero préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impreso por Liberdúplex

Impreso en España

CAPÍTULO PRIMERO

Con su ajustado vestido persa, y el turbante haciendo juego, estaba encantadora. Había llegado la primavera y se había puesto unos guantes largos y una bella piel gris oscura, echada descuidadamente por el cuello, llenito como una columna. Habíamos escogido Brooklyn Heights para buscar un apartamento, con la idea de alejarnos lo más posible de todos nuestros conocidos, sobre todo de Kronski y Arthur Raymond. Ulric era el único al que teníamos intención de dar nuestra nueva dirección. Iba a ser una auténtica *vita nuova* para nosotros, sin intrusiones del mundo exterior.

El día que nos pusimos a buscar nuestro nidito de amor estábamos radiantes de felicidad. Cada vez que llegábamos a un vestíbulo y llamábamos al timbre, la rodeaba con los brazos y la besaba una y otra vez. El vestido le ajustaba como un guante. Nunca había tenido un aspecto más tentador. En ocasiones abrían la puerta antes de que hubiéramos podido separarnos. A veces nos pedían que enseñásemos el anillo de casados o el certificado de matrimonio.

Hacia el atardecer, encontramos a una mujer del Sur, comprensiva y afectuosa, quien pareció encariñarse con nosotros al instante. El apartamento que tenía para alquilar era magnífico, pero muy superior a nuestros medios. Naturalmente, Mona estaba decidida a tomarlo; era exactamente la clase de apartamento con la que siempre había soñado para vivir. Que el alquiler fuese el doble del que teníamos intención de pagar no la preocupaba. Yo debía dejar todo en sus manos: ya se «arreglaría» ella. La verdad es que yo lo deseaba tanto como ella, pero no me hacía ilusiones sobre la posibilidad de «arreglarse» para pagar el alquiler. Estaba convencido de que, si lo tomábamos, nos arruinaríamos.

Desde luego, la mujer con quien estábamos tratando no sospechaba a lo que se exponía con nosotros. Estábamos sentados cómodamente arriba, en su piso, bebiendo jerez. Al poco rato, llegó su marido. También él pareció considerarnos una pareja simpática. Era de Virginia y demostró ser un caballero desde el primer momento. Mi posición en el mundo cosmodemónico les impresionó a todas luces. Expresaron sincero asombro de que una persona tan joven como yo ocupara un puesto de tanta responsabilidad. Por supuesto, Mona sacó el máximo partido de la situación. De creer sus palabras, ya estaban a punto de ascenderme a director y en pocos años a vicepresidente. «¿No es lo que te ha dicho el señor Twilliger?», dijo, con lo que me obligó a asentir con la cabeza.

Total, que dejamos un anticipo de sólo diez dólares, lo que parecía un poco ridículo en vista de que el alquiler iba a ser de noventa dólares al mes. Yo no tenía la menor idea de cómo íbamos a conseguir el importe restante del alquiler, por no hablar de los muebles ni de los demás enseres necesarios. Consideré perdidos los diez dólares del anticipo. Un gesto para salvar las apariencias, nada más. Estaba seguro de que Mona cambiaría de idea, una vez que nos hubiéramos librado de las encantadoras garras de aquel matrimonio.

Pero, como de costumbre, me equivocaba. Estaba decidida a mudarse a allí. ¿Y los ochenta dólares restantes? Se los sacaríamos a uno de sus fervientes admiradores, recepcionista en el Broztell. «¿Y quién es ése?», me aventuré a preguntar, pues era la primera vez que oía su nombre. «¿No te acuerdas? Hace sólo dos semanas que te lo presenté... cuando nos encontramos con Ulric y contigo en la Quinta Avenida. Es completamente inofensivo.»

Al parecer, todos eran «completamente inofensivos». Era su modo de informarme de que nunca se les ocurriría ponerla violenta proponiéndole que pasara una noche con ellos. Todos ellos eran unos «caballeros» y, además, unos papanatas por lo general. Me costó enorme trabajo recordar qué aspecto tenía aquel estúpido en particular. Lo único que pude recordar fue que era

bastante joven y pálido. En resumen, *inclasificable*. Cómo se las arreglaba para impedir que aquellos corteses amantes fuesen a visitarla, siendo como eran ardientes e impetuosos algunos de ellos, era un misterio para mí. Indudablemente, igual que había hecho conmigo en tiempos, les hacía creer que vivía con sus padres, que su madre era un bicho y que su padre estaba clavado a la cama, agonizando de cáncer. Afortunadamente, raras veces me interesaba demasiado por aquellos galantes pretendientes. (Más vale no entrar en demasiadas profundidades, me decía siempre a mí mismo.) Lo que se debía tener presente siempre era: «completamente inofensivos».

Para instalar una casa, había que disponer de algo más que del importe del alquiler. Naturalmente, descubrí que Mona había pensado en todo. Trescientos dólares le había sacado al pobre tontaina. Le había exigido quinientos, pero él había alegado que su cuenta bancaria estaba casi agotada. Por ser tan poco previsor, le había hecho comprarle un exótico vestido de campesina y un par de guantes caros. ¡Así aprendería!

Como aquella tarde Mona tenía que ir a un ensayo, decidí escoger personalmente los muebles y otras cosas. La idea de pagar al contado aquellos artículos, cuando la norma por antonomasia de nuestro país se basaba en la compra a plazos, me parecía absurda. Pensé al instante en Dolores, quien ahora era agente de compras en uno de los grandes almacenes de Fulton Street. Estaba seguro de que Dolores me atendería bien.

Tardé menos de una hora en elegir todo lo necesario para amueblar nuestro lujoso nidito. Escogí con gusto y discreción, sin olvidar un hermoso escritorio, uno con muchos cajones. Dolores no pudo ocultar cierta preocupación por nuestra capacidad para satisfacer los pagos mensuales, pero dispé sus dudas asegurándole que a Mona le iba extraordinariamente bien en el teatro. Además, ¿acaso no conservaba yo mi empleo en la casa de putas cosmocócica?

«Sí, pero, ¿y la pensión de tu mujer?», murmuró.

«¡Oh, no te preocupes por eso! No voy a seguir pagando mucho tiempo más», respondí sonriendo.

«¿Quieres decir que vas a dejarla en la estacada?»

«Algo así», reconocí. «No puede uno pasarse toda la vida con una piedra de molino al cuello, ¿no?»

Le pareció muy propio de mí, siendo como era un cabrón. Sin embargo, lo dijo de un modo que parecía como si los cabrones fuesen gente simpática. Al despedirnos, añadió: «Supongo que debería tener más juicio y no confiar en ti.»

«¡Venga ya!», dije. «Si no pagamos, irán a retirar los muebles. ¿Por qué has de preocuparte?»

«No es por la tienda», dijo. «Es por mí.»

«¡Vamos, vamos! No te voy a hacer quedar mal y tú lo sabes.»

Desde luego, la hice quedar mal, pero no a propósito. En aquel momento, a pesar de mis primeros recelos, creía verdadera y sinceramente que todo saldría de maravilla. Siempre que me sintiese presa de las dudas o la desesperación, en último caso podía confiar en que Mona me diera una inyección de moral. Mona vivía enteramente en el futuro. El pasado era un sueño fabuloso que deformaba a su gusto. Nunca había que sacar conclusiones del pasado: era la forma menos válida de considerar las cosas. El pasado, en la medida en que significaba fracaso y frustración, pura y simplemente no existía.

Casi al instante nos sentimos perfectamente en casa en nuestro nuevo y magnífico domicilio. Nos enteramos de que la casa había pertenecido anteriormente a un juez adinerado, quien la había reformado a su capricho. Debía de haber sido una persona de gusto excelente y algo sibarita. El suelo era de madera, los tableros de las paredes de suntuoso nogal; había tapices de seda rosa y estanterías lo bastante amplias para convertirlas en literas. Ocupábamos la mitad de fachada del primer piso, que daba a la zona más elegante y aristocrática de todo Brooklyn. Todos nuestros vecinos tenían limusinas, mayordomos, perros y gatos de lujo, cuyas comidas nos hacían la boca agua. La nuestra era la única casa de la manzana que habían dividido en pisos.

Detrás de nuestras dos habitaciones, y separada por una puerta corredera, había una habitación enorme a la que habían añadido una cocinita y un baño. No sé por qué, permanecía sin

alquilar. Tal vez fuera demasiado monástica. La mayor parte del día, con los cristales de color de las ventanas resultaba demasiado sombría o mejor dicho... en penumbra. Pero, cuando a la caída de la tarde daba el sol en las ventanas, proyectando arabescos flamígeros en el bruñido suelo, me encantaba trasladarme allí y pasearme de un lado para otro con talante meditativo. A veces nos desnudábamos y bailábamos allí, maravillados con los graciosos dibujos que el cristal de color formaba en nuestros cuerpos desnudos. Cuando estaba más exaltado, me ponía unas zapatillas resbaladizas y hacía una imitación de una estrella del patinaje sobre hielo o caminaba con las manos, mientras cantaba en falsete. Otras veces, después de haber echado unos tragos, intentaba repetir las bufonadas de mis payasos favoritos del teatro de variedades.

Los primeros meses, durante los cuales todas nuestras necesidades quedaron satisfechas providencialmente, estuvimos en la gloria. No hay otro modo de expresarlo. Nadie vino a vernos sin avisar. Vivíamos exclusivamente el uno para el otro... en un nido cálido y suave como el plumón. No necesitábamos a nadie, ni siquiera al Todopoderoso o así lo creíamos. La maravillosa biblioteca de Montague Street, lugar semejante a un depósito de cadáveres pero lleno de tesoros, quedaba muy cerca. Mientras Mona estaba en el teatro, yo leía. Leía cualquier cosa que se me antojara y con la atención incrementada. Muchas veces me resultaba imposible leer: sencillamente, el lugar era demasiado maravilloso. Todavía me veo cerrando el libro, alzándome despacio de la silla, y paseándome sereno y meditabundo de una habitación a otra, henchido de absoluto contento. De verdad, no deseaba nada, a no ser una continuación ininterrumpida de lo mismo en cantidad. Todo lo que poseía, todo lo que usaba, todo lo que llevaba puesto era regalo de Mona: el batín de seda, más apropiado para una estrella de las candilejas que para vuestro seguro servidor, las preciosas babuchas marroquíes, la pitillera que sólo usaba delante de ella. Cuando sacudía la ceniza en el cenicero, me inclinaba a admirarlo. Mona había comprado tres, todos únicos, exóticos, exquisitos. Eran tan bellos, tan preciosos, que casi los adorábamos.

El propio barrio era extraordinario. Un corto paseo en cualquier dirección me llevaba a los distritos más diversos: a la fantástica zona bajo la greca del puente de Brooklyn; a los parajes de los antiguos embarcaderos, adonde habían afluido árabes, turcos, sirios, griegos y otros pueblos de Levante; a los muelles y malecones donde anclaban vapores procedentes de todo el mundo; al centro comercial cercano a Borough Hall, región que de noche resultaba fantasmal. En el corazón mismo de Columbia Heights se alzaban, majestuosas, iglesias antiguas, casinos, mansiones de los ricos, todo ello parte de un núcleo sólido y antiguo que estaban devorando gradualmente los invasores enjambres de extranjeros, vagos y vagabundos de la periferia.

De niño yo había acudido con frecuencia allí a visitar a mi tía, que vivía encima de un establo anexo a una de las más horrendas mansiones antiguas. A poca distancia de allí, en Sackett Street, había vivido en tiempos mi viejo amigo Al Burger, cuyo padre era capitán de un remolcador. Yo tenía unos quince años, cuando conocí a Al Burger... a las orillas del río Neversink. Él fue quien me enseñó a nadar como un pez, sumergirme a bajas profundidades, luchar como los indios, tirar con arco y flechas, usar los puños, correr sin cansarme y demás. Los padres de Al eran holandeses y, aunque parezca extraño, todos ellos tenían un maravilloso sentido del humor, todos menos su hermano Jim, que era un atleta, un dandy y un imbécil presumido. Sin embargo, a diferencia de sus antepasados, ocupaban una casa vergonzosamente destartalada. Al parecer, cada cual hacía lo que le daba la gana. También tenía dos hermanas, las dos muy guapas y, lo que es más, muy alegres, indolentes y generosas. La madre había sido en tiempos cantante de ópera. En cuanto al viejo, «el capitán», se lo veía muy poco. Cuando aparecía, solía estar piripi. No recuerdo que la madre nos preparara nunca una comida decente. Cuando sentíamos hambre, nos daba un poco de calderilla y nos decía que fuéramos a comprarnos algo. Siempre nos comprábamos los mismos víveres malditos: salchichas de Frankfurt, ensalada de patatas, encurtidos, bizcochos y buñuelos. Usaban generosamente la salsa de tomate y la mostaza. El café siempre

era flojo como agua de lavar los platos y la leche rancia y nunca había en la casa un plato, taza, cuchillo ni tenedor limpios, pero eran comidas muy alegres y comíamos como lobos.

Lo que mejor recuerdo es la vida en la calle: con lo que más disfrutaba. Todos los amigos de Al parecían pertenecer a una especie diferente de los chicos que yo conocía. En Sackett Street reinaba mayor calor, mayor libertad, mayor hospitalidad. Aunque eran de la misma edad que yo más o menos, sus amigos me daban la impresión de ser más maduros y también más independientes. Al separarme de ellos, siempre tenía la sensación de haberme enriquecido. El hecho de que fueran de la zona portuaria, sus familias hubiesen vivido allí durante generaciones y fueran un grupo más homogéneo que el nuestro pudo haber tenido algo que ver con las cualidades que me hacían apreciarlos. Había uno entre ellos al que todavía recuerdo vivamente, aunque hace mucho que murió. Frank Schofield. En la época en que nos conocimos, Frank sólo contaba diecisiete años, pero ya tenía la estatura de un hombre. Ahora que pienso, al recordar nuestra extraña amistad, no teníamos absolutamente nada en común. Lo que me atraía de él eran sus modales naturales, suaves, joviales, su total flexibilidad, su inequívoca aceptación de lo que se le ofreciese, ya fuera una salchicha de Frankfurt, un caluroso apretón de manos, un viejo cortaplumas o la promesa de volver a verlo la semana próxima. Creció y se transformó en un gran corpachón, tremendamente obeso y capaz de forma extraña, instintiva, lo suficiente como para llegar a ser el perfecto brazo derecho de un periodista muy importante con el que viajó por todo el mundo y para el que realizó toda clase de tareas ingratas. Probablemente no volví a verlo más de tres o cuatro veces después de los buenos tiempos en Sackett Street, pero siempre lo tenía presente. Era tan cordial, tan bondadoso, tan absolutamente confiado y crédulo, que el simple hecho de revivir su imagen me animaba. Lo único que escribía siempre eran postales. Apenas si se podían leer sus garabatos. Un simple renglón para decir que se encontraba bien, que el mundo era magnífico, ¿y cómo diablos estabas tú?

Siempre que Ulric venía a visitarnos, cosa que solía suceder en sábado o en domingo, me lo llevaba a dar largos paseos por aquellas barriadas antiguas. También él estaba familiarizado con ellas desde la infancia. Solía llevar consigo un cuaderno, «para tomar algunos apuntes», como él decía. En aquella época me maravillaba su facilidad con el lápiz y el pincel. Nunca se me ocurrió que llegaría un día en que yo haría lo mismo. Él era pintor y yo escritor... o al menos *esperaba* serlo algún día. El mundo de la pintura me parecía un reino de pura magia, totalmente fuera de mi alcance.

Aunque en los años posteriores no iba a llegar a ser un pintor célebre, Ulric tenía un conocimiento maravilloso del mundo del arte. Ningún hombre podía hablar de los pintores que amaba con mayor sentimiento y comprensión. Aún hoy, oigo las reverberaciones de sus largas y felices frases relativas a hombres como Cimabue, Uccello, Piero della Francesca, Botticelli, Vermeer y otros. A veces nos sentábamos y mirábamos un libro de reproducciones... siempre de los grandes maestros, por supuesto. Podíamos pasar horas sentados y hablando —por lo menos, él— de un solo cuadro. Sin lugar a dudas, por ser él mismo tan absolutamente humilde y reverente, humilde y reverente en el sentido auténtico, era por lo que Ulric podía hablar de forma tan sagaz y penetrante de «los maestros». En espíritu también él era un maestro. Agradezco a Dios que nunca perdiese su capacidad de venerar y adorar. En verdad, los adoradores natos son raros.

Como O'Rourke, el detective, tenía la misma tendencia a quedarse absorto y arrobado en los momentos más inesperados. Muchas veces durante nuestros paseos por los muelles se detenía a señalar una fachada particularmente decrepita o un muro en ruinas y se explayaba sobre su belleza en relación con el fondo de rascacielos de la otra orilla o con los enormes cascos y mástiles de los barcos fondeados en sus basadas. Podía hacer cero grados de temperatura y soplar un ventarrón helado, pero a Ulric no parecía importarle. En momentos así sacaba del bolsillo con timidez un sobrecito descolorido y, con un pedazo de lo

que en tiempos había sido un lápiz, se esforzaba por tomar «unas cuantas notas más». Debo decir que de esas notas nunca salía gran cosa: por lo menos, en aquellos tiempos. Los hombres que distribuían los encargos —para dibujar plátanos, latas de tomate, pantallas de lámpara, etcétera— no le dejaban respirar nunca.

Entre «trabajos», hacía posar para él a sus amigos, pero sobre todo a sus amigas. En esos intervalos trabajaba frenéticamente, como si estuviera preparando una exposición para el Salón. Ante el caballete, adoptaba todos los gestos y poses de un «maestro». Era casi aterrador contemplar el frenesí de su acometida, pero, cosa extraña, los resultados eran siempre desalentadores. «¡Maldita sea!», decía. «Soy un ilustrador y nada más.» Todavía lo veo delante de uno de sus abortos, suspirando, resollando, farfullando, tirándose de los pelos. Lo veo tomar un álbum de Cézanne, buscar uno de sus cuadros favoritos y después mirar su obra con una mueca triste. «Mira esto, por favor», me decía, señalando una zona especialmente feliz del cézanne. «¿Por qué demonios no puedo captar algo así... aunque *sólo sea una vez*? ¿Qué es lo que falla en mí, según tú? En fin...» Y lanzaba un profundo suspiro, a veces un auténtico gemido. «¿Qué te parece si echamos un trago? ¿Para qué intentar ser un Cézanne? Mira, Henry, ya sé lo que falla. No es este cuadro, ni el anterior: mi vida entera es lo que falla. El trabajo de un hombre refleja lo que es, lo que piensa durante todo el santo día, ¿no crees? Mirándolo así, lo único que soy es un trozo de queso rancio, ¿no te parece? En fin, *ja tu salud!*» En ese momento alzaba el vaso con una extraña mueca de disgusto en la boca que era dolorosamente, demasiado dolorosamente, elocuente.

Si bien adoraba a Ulric por su emulación de los maestros, creo que lo veneraba de verdad por representar el papel de «fracasado». Era un hombre que sabía hacer música de sus fallos y fracasos. En realidad, tenía ingenio y gracia para hacer creer que, después del éxito, lo mejor en la vida era ser un completo fracasado, cosa que probablemente sea cierta. Lo que redimía a Ulric era su absoluta falta de ambición. No anhelaba verse reconocido: quería ser un buen pintor por el puro placer de superarse.

Amaba todas las cosas buenas –y sólo las cosas buenas– de la vida. Era un sensualista de pies a cabeza. Al jugar al ajedrez, prefería hacerlo con piezas chinas, por deficiente que fuera su juego. El simple hecho de tocar las piezas de marfil le proporcionaba el placer más intenso. Recuerdo las visitas que hacíamos a museos en busca de antiguos tableros de ajedrez. Si Ulric hubiera podido jugar en un tablero que en tiempos hubiese adornado la pared de un castillo medieval, se habría sentido en el séptimo cielo y tampoco le habría vuelto a importar jamás ganar o perder. Escogía con mucho cuidado todo lo que usaba: ropa, maletas, zapatillas, lámparas, todo. Cuando recogía un objeto, lo acariciaba. Todo lo que se pudiese recuperar, era recompuesto, remendado o pegado. Hablaba de sus pertenencias como algunas personas de sus gatos; les otorgaba toda su admiración, incluso cuando estaba a solas con ellas. A veces lo sorprendía yo hablándoles, dirigiéndose a ellas, como si fueran viejos amigos. Ahora que lo pienso, ¡qué contraste con Kronski! Éste, pobre diablo miserable, parecía vivir con los cachibaches tirados por sus antepasados. Para él nada era precioso, nada tenía significado ni importancia. Todo se hacía pedazos en sus manos o quedaba raído, roto, manchado o ensuciado. Y, sin embargo, un día –nunca llegué a saber cómo– aquel mismo Kronski se puso a pintar y, además, comenzó con brillantez, con la mayor brillantez. Apenas podía dar crédito a mis ojos. Usaba colores atrevidos, brillantes, como si acabara de regresar de Rusia. Tampoco sus temas carecían de audacia ni de originalidad. Se pasaba ocho y diez horas seguidas manos a la obra, antes y después de lo cual se daba una comilona, y siempre cantando, silbando, apoyándose inquieto ora en un pie ora en el otro y sin dejar de alabarse a sí mismo. Desgraciadamente, fue una simple llamada fugaz. Al cabo de pocos meses se extinguió. Después, ni una palabra nunca sobre pintura. Al parecer, olvidó haber tocado jamás un pincel...

Durante aquel período tan plácido de nuestra vida fue cuando conocí a un andoba extraño en la biblioteca de Montague Street. Me conocían bien allí, porque les causaba toda clase de

molestias pidiéndoles libros que no tenían, instándolos a que pidieran prestados libros caros o poco comunes a otras bibliotecas, quejándome de la pobreza de sus existencias, de las deficiencias del servicio, y en general dando la lata. Para colmo, siempre estaba pagando multas cuantiosas por haber devuelto libros con retraso o haberlos perdido (en realidad, me los había apropiado para mi propia biblioteca) o porque les faltaban páginas. De vez en cuando recibía una reprimenda pública, como si todavía fuera un colegial, por subrayar pasajes con tinta roja o escribir comentarios en los márgenes. Y luego, un día que estaba buscando libros raros sobre el circo —sólo Dios sabe *por qué*—, entablé conversación con un hombre con aspecto de erudito que resultó ser miembro del personal. Durante la conversación, me enteré de que había estado en algunos de los circos más famosos de Europa. Se le escapó de los labios la palabra *Médrano*. Era como si me hubiese hablado en griego, pero la recordé. El caso es que me cayó tan bien aquel tipo, que acto seguido lo invité a visitarnos el día siguiente por la tarde. En cuanto salí de la biblioteca, llamé a Ulric y le pedí que viniera también él. «¿Has oído hablar alguna vez del *Cirque Médrano*?», le pregunté.

En resumen, la tarde del día siguiente estuvo dedicada casi exclusivamente al *Cirque Médrano*. Cuando el bibliotecario se marchó, me sentía aturdido. «Conque, ¡eso es Europa!», musité en voz alta. No podía dejar de pensarlo. «Y ese tipo ha estado allí... ha visto todo. ¡Dios mío!»

El bibliotecario venía con frecuencia, siempre con libros raros bajo el brazo, a los que, según él, me gustaría echar un vistazo. Por lo general, traía también una botella. A veces jugaba al ajedrez con nosotros y raras veces se marchaba antes de las dos o las tres de la mañana. Cada vez que venía, yo le hacía hablar de Europa: era el «precio de entrada». En realidad, estaba embriagándome con ese tema; era capaz de hablar de Europa casi como si la hubiese visitado. (Mi padre era igual. Aunque nunca había puesto los pies fuera de Nueva York, podía hablar de Londres, Berlín, Hamburgo, Bremen, Roma, como si hubiese pasado toda su vida en el extranjero.)

Una noche, Ulric se trajo su gran plano de París (el plano del metro) y todos nos pusimos de rodillas y de manos para pasearnos por las calles de París, visitando las bibliotecas, museos, catedrales, puestos de flores, mataderos, cementerios, casas de putas, estaciones de ferrocarril, bailes populares, *les magasins* y demás. El día siguiente me sentía tan henchido –tan henchido de Europa, quiero decir–, que no pude ir al trabajo. Era una vieja costumbre mía tomar un día de descanso, cuando me venía en gana. Siempre disfrutaba más con los días festivos robados. Significaba levantarse a las tantas, holgazanear en pijama, poner discos, leer libros por encima, dar un paseo hasta el muelle y, después de una comida substanciosa, ir a una sesión de teatro vespertina. Una buena función de variedades era lo que más me gustaba, una tarde que pasaba tronchándome de risa. A veces, después de una de aquellas fiestas, me resultaba todavía más difícil volver al trabajo. En realidad, me resultaba imposible. Mona llamaba oportunamente al jefe para informarle de que mi catarro había empeorado y éste siempre decía: «Dígale que se quede en la cama unos cuantos días más. ¡Cúidelo bien!»

«Pensaba que esta vez ya te habrían calado», decía Mona.

«Y me han calado, encanto. Sólo, que valgo demasiado. No pueden prescindir de mí.»

«Algún día enviarán a alguien aquí para ver si de verdad estás enfermo.»

«Nunca abras, si llaman a la puerta, y se acabó o les dices que he ido a ver al médico.»

Maravilloso, mientras duraba. *Chipendi lerendi*. Había perdido todo el interés por mi empleo. En lo único en que pensaba era en empezar a escribir. En la oficina rendía cada vez menos, me volvía cada vez más vago. Los únicos candidatos que me molestaba en entrevistar eran los sospechosos. Mi ayudante se ocupaba de los demás. Con la mayor frecuencia posible, me largaba de la oficina con el pretexto de inspeccionar las sucursales. Visitaba una o dos en el centro de la ciudad –simplemente para tener una coartada– y después me marcaba un cinito. Después de la peli, me presentaba de improviso en otra sucursal, infor-

maba a la central y después para casa. A veces, pasaba la tarde en una galería de arte o en la biblioteca de la calle Cuarenta y dos. Otras veces iba a ver a Ulric y visitaba un baile. Me ponía enfermo cada vez con mayor frecuencia y durante períodos cada vez más largos. Estaba claro que aquello iba a acabar mal.

Mona estimulaba mi mala conducta. Nunca le había gustado verme en el puesto de jefe de personal. «Deberías escribir», decía. «¡Estupendo!», replicaba yo, complacido para mis adentros. «¡Estupendo! Pero, ¿de qué vamos a vivir?»

«¡Deja eso de mi cuenta!»

«Pero no podemos seguir engañando y burlando a la gente eternamente.»

«¿Engañando? Todos aquellos a los que pido dinero pueden perfectamente permitirse el lujo de prestarlo. Les estoy haciendo un favor.»

Yo no lo veía como ella, pero cedía. Al fin y al cabo, no tenía una solución mejor que ofrecer. Para poner fin a la discusión, yo siempre decía: «Bueno, no voy a dejar el trabajo *todavía*.»

De vez en cuando, en uno de aquellos días festivos robados, acabábamos en la Segunda Avenida de Nueva York. Era asombrosa la cantidad de amigos que tenía en ese barrio. Todos judíos, por supuesto, y la mayoría de ellos chiflados, pero compañía animada. Tras tomar un bocado en Papa Moskowitz's, íbamos al Café Royal. Allí podías estar seguro de encontrar a quienquiera que buscases.

Una tarde que íbamos paseando por la Avenida, justo cuando estaba a punto de mirar el escaparate de una librería para echar otro vistazo a Dostoyevski —su foto había estado colgada en aquel mismo escaparate durante años—, ¿quién diréis que nos saludó? Un viejo amigo de Arthur Raymond. Nahoum Yood, nada menos. Nahoum Yood era un hombre bajo y fogoso, que escribía en yiddish. Tenía cara de almádena. Una vez que la veías, nunca la olvidabas. Cuando hablaba, era siempre un torrente y un burbujeo; las palabras tropezaban literalmente unas con otras. No sólo chisporroteaba como un petardo, sino que, además, babeaba y goteaba al mismo tiempo. Su acen-

to, el del «Litvak», era atroz, pero su sonrisa era de oro... como la de Jack Johnson. Daba a su cara una especie de mueca de fuego fatuo.

Nunca lo vi en otro estado que el de la efervescencia. Siempre acababa de descubrir algo estupendo, maravilloso, nunca visto. Al soltar el rollo, siempre te daba una ducha, *gratis*, pero valía la pena. Aquella fina llovizna que emitía entre los dientes delanteros surtía el mismo efecto estimulante que un baño de agujas. A veces, con el baño de agujas salían algunas semillas de alcaravea.

Tras arrebatarme el libro que llevaba bajo el brazo, exclamó: «¿Qué estás leyendo? Ah, *Hansum*. ¡Muy bien! Un escritor exquisito.» Ni siquiera había dicho todavía: «¿Cómo estás?» «Tenemos que sentarnos en algún sitio a charlar. ¿Adónde vais? ¿Habéis cenado? Tengo hambre.»

«Perdona», dije, «pero quiero echar una mirada a Dostoyevski.»

Lo dejé allí parado y hablando excitado a Mona con ambas manos (y pies). Me planté delante del retrato de Dostoyevski, como había hecho más de una vez, para estudiar de nuevo su conocida fisonomía. Me acordé de mi amigo Lou Jacobs, quien solía descubrirse cada vez que pasaba por delante de una estatua de Shakespeare. Lo que yo hacía ante Dostoyevski era más que una reverencia o un saludo. Se parecía más a una plegaria, una plegaria para que manifestase el secreto de la revelación. Tenía una cara tan sencilla, tan vulgar: tan esclava, tan de mujik. La cara de un hombre que podría pasar desapercibido en una multitud. (Nahoum Yood tenía más aspecto de escritor que el gran Dostoyevski.) Seguí allí parado, como siempre, intentando penetrar en el misterio del ser que se ocultaba tras la pastosa masa de las facciones. Lo único que podía leer claramente era la pena y la obstinación: un hombre que evidentemente prefería la vida humilde, un hombre recién salido de la prisión. Me perdí en la contemplación. Al final, sólo veía al artista, al artista trágico, único, que había creado un auténtico panteón de personajes, figuras como nunca antes se habían visto ni se volverían a ver, cada una de ellas más real, potente, misteriosa, inescrutable que todos los zares locos y todos los popes crueles y malvados juntos.

De repente, sentí la pesada mano de Nahoum Yood en mi hombro. Los ojos le bailaban, tenía la boca cubierta de saliva. El raído sombrero hongo que llevaba tanto dentro de casa como fuera se le había caído sobre los ojos y le daba un aspecto cómico y casi maniaco.

«¡*Mysterium!*», exclamó. «¡*Mysterium!* ¡*Mysterium!*!»

Lo miré con la mirada perdida.

«¿No lo has leído?», gritó. Algo parecido a una multitud empezó a congregarse a nuestro alrededor, una de esas multitudes que surgen de no se sabe dónde, en cuanto un charlatán se pone a anunciar sus artículos.

«¿De qué estás hablando?», le pregunté, imperturbable.

«De tu Knut Hansum, del libro más importante que ha escrito: *Mysterium* se llama, en alemán.»

«Se refiere a *Misterios*», dijo Mona.

«Sí, *Misterios*», gritó Nahoum Yood.

«Ha estado hablándome de eso ahora», dijo Mona. «La verdad es que parece maravilloso.»

«¿Más maravilloso que *Un vagabundo toca con sordina?*»

Nahoum Yood nos interrumpió: «Eso, eso no es nada. Por *Tierra Nueva* le dieron el Premio Nobel, pero *Mysterium* no lo conoce nadie todavía. Mira, te lo voy a explicar...» Hizo una pausa, se dio media vuelta y escupió. «No, es mejor no explicarlo. Ve a tu biblioteca Carnegie de chicle y pídelo. ¿Cómo lo decís en inglés? ¿*Misterios*? Casi igual... pero *Mysterium* es mejor. Más *mysterischer, nicht?*» Lanzó una de sus amplias sonrisas de raíl de tranvía, con lo que el ala del sombrero le cayó sobre los ojos.

De repente, se dio cuenta de que había congregado a un auditorio. «¡Marchaos a casa!», exclamó, al tiempo que alzaba ambos brazos para alejar a la multitud. «¿Acaso estamos vendiendo cordones de zapatos aquí? ¿Qué os pasa? ¿Es que tengo que alquilar un salón para decir unas palabras en privado a un amigo? No estamos en Rusia. Marchaos a casa... ¡fuera!» Y volvió a agitar los brazos.

Nadie se movió. Se limitaron a sonreír, indulgentes. Al parecer, lo conocían bien, a aquel Nahoum Yood. Uno de ellos ha-

bló en yiddish. Nahoum Yood lanzó como una sonrisa triste y complaciente y nos miró indefenso.

«Quieren que les recite algo en yiddish.»

«Estupendo», dije. «¿Por qué no lo haces?»

Volvió a sonreír, tímidamente esa vez. «Son como niños», dijo. «Esperad, les voy a contar una fábula. Sabéis lo que es una fábula, ¿verdad? Es una fábula que trata de un caballo verde con tres patas. Sólo puedo contarla en yiddish... espero que me perdonéis.»

En el momento en que empezó a hablar en yiddish, su semblante cambió radicalmente. Adoptó una expresión tan seria y apasionada, que pensé que iba a deshacerse en lágrimas en cualquier momento, pero, cuando miré a su auditorio, vi que estaban lanzando risitas. Cuanto más seria y apenada era su expresión, más alegres se ponían sus oyentes. Al final, se tronchaban de risa. Nahoum Yood ni siquiera esbozó una sonrisa en ningún momento. Acabó con semblante inexpresivo, entre explosiones de risa.

«Ahora», dijo, al tiempo que daba la espalda a su auditorio y nos cogía del brazo a los dos, «ahora vamos a ir a algún sitio a oír algo de música. Conozco una tabernita en Hester Street, en un sótano. Gitanos rumanos. Tomaremos un poco de vino y algunos *Mysterium*, ¿de acuerdo? ¿Tenéis dinero? Yo sólo tengo veintitrés centavos.» Volvió a sonreír, esa vez como un pastel de arándano. De camino, no cesaba de descubrirse ante éste o aquél. A veces se paraba y por unos minutos entablaba conversación en serio con un amigo. «Disculpadme», decía, al volver corriendo hacia nosotros sin aliento, «pero he pensado que tal vez pudiese pedir prestado un poco de dinero. Era el director de un periódico yiddish... pero está todavía más boqueras que yo. Vosotros lleváis algo de dinero, ¿verdad? La próxima vez invito yo.»

En la taberna rumana me encontré con uno de mis ex repartidores, Dave Olinski. Había trabajado de repartidor nocturno en la oficina de Grand Street. Lo recordaba bien porque el día en que habían robado en la oficina y habían vaciado la caja fuerte Olinski había estado en un tris de perder la vida. (En realidad, yo había dado por supuesto que había muerto.) Lo había

colocado en aquella oficina a petición propia, porque era un barrio extranjero y porque hablaba ocho lenguas. Olinski pensaba que iba a ganar mucho con las propinas. Todo el mundo lo detestaba, incluidos los que trabajaban con él. Cada vez que me lo encontraba, me daba la lata hablándome de Tel Aviv. Siempre Tel Aviv y Boulogne-sur-Mer. (Llevaba consigo postales de todos los puertos en los que los barcos habían hecho escala, pero la mayoría de ellas eran de Tel Aviv.) El caso es que en cierta ocasión, antes del «accidente», lo envié a Canarsie, donde había una *plage*. Usé la palabra *plage* porque siempre que Olinski hablaba de Boulogne-sur-Mer, mencionaba la maldita *plage* donde había ido a bañarse.

Me estaba diciendo que, después de dejar nuestro empleo, se había hecho agente de seguros. En realidad, apenas habíamos cambiado unas cuantas palabras, cuando se puso a intentar venderme una póliza. A pesar de lo que me desagradaba el tío, no intenté hacerlo callar. Pensé que le vendría bien practicar conmigo. Así, que, con gran disgusto de Nahoum Yood, lo dejé seguir parlotando y fingí que tal vez deseara un seguro de enfermedad y contra accidentes e incendios. Entretanto, Olinski había pedido bebidas y pastas para nosotros. Mona había abandonado la mesa para entablar conversación con la propietaria. Estando así, entró un abogado llamado Mannie Hirsch: otro amigo de Arthur Raymond. Era un apasionado de la música y sobre todo de Scriabin. Olinski, que se había visto arrastrado a la conversación contra su voluntad, tardó un buen rato en entender de quién estábamos hablando. Cuando descubrió que se trataba de un simple compositor, dio muestras de profundo desagrado. Preguntó si no deberíamos ir a un lugar más tranquilo. Le expliqué que era imposible, que debía darse prisa y explicarme todo rápidamente, antes de que nos fuéramos. Mannie Hirsch no había parado de hablar desde el momento en que se había sentado. Al cabo de poco, Olinski se lanzó a su rutinaria charla, pasando de una póliza a otra; tenía que alzar mucho la voz para ahogar la de Mannie Hirsch. Yo escuchaba a los dos a un tiempo. Nahoum Yood intentaba oír

formando una trompetilla con la mano. Al final, le dio un ataque de risa histérica. Sin avisar, se puso a recitar una de sus fábulas... en yiddish. Aun así, Olinski siguió hablando, aquella vez en voz muy baja, pero aún más deprisa que antes, porque cada minuto era precioso. Hasta cuando toda la taberna se echó a reír estrepitosamente, Olinski siguió vendiéndome una póliza tras otra.

Cuando por fin le dije que tendría que pensarlo, puso cara de estar mortalmente ofendido. «Pero ya le he explicado todo claramente, señor Miller», dijo con voz lastimera.

«Pero ya tengo dos pólizas de seguros», mentí.

«Eso no importa», insistió. «Las cobraremos y subscribiremos otras mejores.»

«Eso es lo que me quiero pensar», repliqué.

«Pero no hay nada que pensar, señor Miller.»

«No estoy seguro de haberlo entendido todo», dije. «Tal vez sea mejor que vengas mañana por la noche a mí casa», y, acto seguido, le escribí una dirección falsa.

«¿Está usted seguro de que estará en casa, señor Miller?»

«En caso de que no, te telefonaré.»

«Pero es que no tengo teléfono, señor Miller.»

«Entonces te enviaré un telegrama.»

«Pero ya tengo dos citas para mañana por la tarde.»

«Entonces, quedamos para pasado mañana por la noche», dije, sin inmutarme lo más mínimo con aquella cháchara. «O», añadí, malicioso, «podrías venir a verme después de medianoche, si te va mejor. Nunca nos acostamos antes de las dos o las tres de la mañana.»

«Sería demasiado tarde, la verdad», dijo Olinski, con expresión cada vez más desconsolada.

«Bueno, vamos a ver», dije, con expresión meditativa y ras-cándome la cabeza. «¿Y si nos encontráramos dentro de una semana? Pongamos a las nueve y media en punto.»

«Aquí, no, señor Miller, por favor.»

«De acuerdo. Entonces, donde tú prefieras. Envíame una postal mañana o pasado y tráete todas las pólizas, ¿de acuerdo?»

Durante aquella última cháchara, Olinski se había levantado de la mesa y estaba dándome la mano para despedirse. Cuando se volvió para recoger sus papeles, descubrió que Mannie Hirsch estaba dibujando animales sobre ellos. Nahoum Yood estaba escribiendo un poema –en yiddish– en otro. Se molestó tanto con aquel giro inesperado de los acontecimientos, que se puso a gritarles en varias lenguas a la vez. Se estaba poniendo rojo de rabia. Al instante, el guarda, que era griego y luchador retirado, tenía cogido a Olinski de los fondillos del pantalón y estaba poniéndolo de patitas en la calle. La propietaria agitó el puño en su cara, cuando pasó de cabeza ante la puerta. En la calle el griego le hurgó en los bolsillos, sacó unos cuantos billetes, se los llevó a la propietaria, quien preparó el cambio y tiró la calderilla sobrante a Olinski, entonces a cuatro patas, y parecía tener retortijones.

«¡Qué forma más terrible de tratar a una persona!», dijo Mona.

«Es verdad, pero él parece provocarlo», respondí.

«No deberías haberlo incitado: ha sido una crueldad.»

«Lo reconozco, pero es que es un pelmazo. De todos modos, habría ocurrido.»

Luego me puse a contar mi experiencia con Olinski. Expliqué que lo había complacido trasladándolo de una oficina a otra. En todos lados era la misma historia. Siempre lo estaban insultando y maltratando... «sin el menor motivo», según decía. «No les gusto a éstos», decía.

«No parece que gustes a nadie», acabé diciéndole un día. «¿Se puede saber qué es lo que te pasa?» Recuerdo muy bien la mirada que me echó, cuando le solté eso. «Venga», dije. «Dímelo, porque ésta es tu última oportunidad.»

Para asombro mío, esto fue lo que respondió: «Señor Miller, tengo demasiada ambición para ser un buen repartidor. Debería tener un puesto de mayor responsabilidad. Con mi formación, sería un buen director. Podría hacer economizar dinero a la compañía. Podría proporcionarle más negocios, incrementar el rendimiento.»

«Espera un momento», lo interrumpí. «¿Es que no sabes que no tienes la menor oportunidad en el mundo de llegar a ser director de una sucursal? Estás loco. Ni siquiera sabes hablar inglés y menos aún esos ocho idiomas de los que siempre estás hablando. No sabes llevarte bien con tus vecinos. Eres un pesado, ¿no lo entiendes? No me hables de tus magníficas ideas para el futuro... dime una sola cosa... cómo es que has llegado a ser lo que eres... *semejante pelmazo de los cojones*, quiero decir.»

Olinski parpadeó al oír aquello... «Señor Miller», comenzó, «debe usted saber que soy buena persona, que hago lo posible para...»

«¡Mentira!», exclamé. «Ahora dime la verdad: ¿por qué se te ocurrió marcharte de Tel Aviv?»

«Porque quería llegar a ser algo, ésa es la verdad.»

«¿Y no podías hacerlo en Tel Aviv... o en Boulogne-sur-Mer?»

Lanzó una sonrisa burlona. Antes de que pudiera abrir la boca, proseguí: «¿Te llevabas bien con tus padres? ¿Tenías algún amigo íntimo allí? Espera un momento», alcé la mano para atajar su respuesta. «¿Te ha dicho alguna vez alguien en todo el mundo que le gustaras? ¡*Respóndeme a eso!*»

Guardó silencio. No estaba hundido, simplemente desconcertado.

«¿Sabes lo que deberías ser?», continué. «Un soplón.»

No sabía lo que significaba esa palabra. «Mira», le expliqué, «un soplón es el que se gana dinero espionando a otra gente, dando informaciones sobre ella... ¿entiendes?»

«¿Y dice usted que *yo debería ser un soplón?*», dijo gritando, irguiéndose e intentando poner expresión digna.

«Exactamente», dije, sin pestañear. «Y, si no eso, verdugo. Ya sabes...» e hice un movimiento circular y siniestro con la mano, «el que se encarga de ahorcar a la gente.»

Olinski se puso el sombrero y avanzó hacia la puerta. De repente, se dio la vuelta, giró sobre sus pasos y volvió con calma hasta mi escritorio. Se quitó el sombrero y lo sostuvo con las dos manos. «Discúlpeme», dijo, «pero, ¿podría darme otra oportuni-

dad... en Harlem?» Lo dijo con tono de voz natural, como si no hubiera ocurrido nada desagradable.

«Pues, ¡claro!», me apresuré a responder. «Naturalmente, que te voy a dar otra oportunidad, pero es la última, recuérdalo. Estás empezando a gustarme, ¿sabes?»

«Mira, Dave», dije, inclinándome hacia él, como si tuviera algo confidencial que proponerle, «te voy a colocar en la peor oficina que tenemos. Si eres capaz de salir adelante en ella, podrás hacerlo en cualquier sitio. Tengo que avisarte de una cosa... no crees el menor problema en esa oficina o, si no», y al decir esto me pasé la mano por el cuello, «¿entiendes?»

«¿Son buenas las propinas allí, señor Miller?», preguntó, fingiendo no haberse sentido afectado por mi última observación.

«Nadie da propina en ese barrio, amigo mío, y no intentes conseguirlas tampoco. Agradece a Dios todas las noches que sigas con vida al llegar a casa. En los tres últimos años hemos perdido ocho repartidores en esa oficina. Saca las conclusiones por ti mismo.»

Al decir eso, me levanté, lo cogí del brazo y lo acompañé hasta la escalera. «Mira, Dave», dije, al darle la mano, «tal vez yo sea amigo tuyo y tú no lo sepas. Quizá me agradezcas algún día que te colocara en la peor oficina de Nueva York. Tienes tanto que aprender, que no sé qué decirte primero. Ante todo, intenta mantener la boca cerrada. Sonríe de vez en cuando, aunque te cueste trabajo. Di «gracias», aunque no te den propina. Habla una sola lengua y lo menos posible. Olvida la idea de llegar a ser director. Sé un buen repartidor y no digas a la gente que procedes de Tel Aviv, porque no sabrán a qué te refieres. Has nacido en el Bronx, ¿entiendes? Si no puedes comportarte decentemente, hazte el tonto, hazte el infeliz, ¿entendido? Aquí tienes, para que vayas al cine. Ve a ver una película divertida, para variar. ¡Y que no vuelva yo a oír hablar de ti!»

Al caminar aquella noche con Nahoum Yood hacia el metro, me vinieron recuerdos vívidos de mis exploraciones nocturnas con O'Rourke. Al East Side era adonde me dirigía siempre, cuando quería sentirme conmovido hasta las entrañas. Era como vol-

ver a casa. Todo me resultaba familiar de un modo misterioso. Era como si hubiese conocido el mundo del gueto en una encarnación anterior. La característica que más me impresionaba era la pululación. Todo pugnaba por salir a la luz en gloriosa profusión. Todo germinaba y fulguraba, exactamente igual que en los sombríos cuadros de Rembrandt. Me sentía constantemente sorprendido, con frecuencia por las cosas más insignificantes y ordinarias. Era el mundo de mi infancia, en el que los objetos comunes y cotidianos adquirían carácter sagrado. Aquellos pobres y despreciados extranjeros vivían con los objetos desechados por un mundo que había seguido avanzando. Para mí eran los supervivientes de un pasado que había sido sofocado abruptamente. Su pan era todavía pan bueno, que se podía comer sin mantequilla ni mermelada. Las lámparas de petróleo daban a sus habitaciones un resplandor sagrado. La cama se alzaba siempre amplia e incitante, el mobiliario era antiguo pero cómodo. Para mí era un constante motivo de asombro lo limpios y ordenados que estaban los interiores de aquellos edificios horribles, que parecían desmoronarse en pedazos. Nada puede ser más elegante que un simple hogar pobre pero limpio y lleno de paz. En mi búsqueda de muchachos vagabundos vi centenares de hogares así. Muchas de aquellas escenas inesperadas con que nos encontramos en plena noche eran como páginas ilustradas del Antiguo Testamento. Entrábamos, en busca de un muchacho delincuente o un ladronzuelo, y salíamos con la sensación de habernos sentado a la mesa con los hijos de Israel. Por lo general, los padres no tenían el menor conocimiento del mundo en que habían entrado sus hijos al incorporarse a la fuerza de repartidores. Casi ninguno de ellos había pisado en su vida un edificio de oficinas. Se habían visto trasladados de un gueto a otro sin vislumbrar nunca el mundo que quedaba entre ellos. A veces sentía deseos de acompañar a uno de aquellos padres al hemicycleo de una Bolsa, donde pudiera observar a su hijo corriendo de un lado para otro como un coche de bomberos por entre el desenfundado pandemónium creado por los enloquecidos agentes bursátiles, juego apasionante y lucrativo que a veces permitía al muchacho sacarse setenta y cinco dólares en una sola se-

mana. Algunos de aquellos «mozos» seguían siendo unos muchachos, a pesar de haber cumplido los treinta o cuarenta años y poseer, algunos de ellos, manzanas de inmuebles, granjas, casas de pisos o lotes de bonos del Estado. Muchos de ellos tenían cuentas bancarias que ascendían a más de diez mil dólares. Y, sin embargo, seguían siendo repartidores, iban a seguir siéndolo hasta la muerte... ¡Qué mundo más incongruente para que un inmigrante se viera sumergido en él! Yo mismo apenas podía dar pie con bola dentro de él. A pesar de las ventajas de una educación americana, ¿acaso no me había visto obligado (a mis veintiocho años de edad) a buscar la más modesta de todas las colocaciones? ¿Y acaso no era a costa de extremas dificultades como conseguía ganar dieciséis o diecisiete dólares a la semana? Pronto iba a abandonar aquel mundo para abrirme camino como escritor y, como tal, iba a estar aún más indefenso que el más humilde de aquellos inmigrantes. Pronto iba a estar mendigando a hurtadillas y de noche por las calles, en las propias inmediaciones de mi casa. Pronto iba a quedarme parado delante de los escaparates de los restaurantes, mirando con envidia y desesperación los manjares que se podían comer. Pronto iba a verme agradeciendo a vendedores de periódicos que me diesen una moneda de cinco o de diez centavos para una taza de café y un buñuelo.

Sí, mucho antes de que sucedieran, ya pensaba yo en esas eventualidades precisamente. Tal vez la razón por la que me gustaba tanto el nuevo nido de amor fuese la de que sabía que no podía durar mucho. Nuestro nido de amor «japonés», lo llamaba yo, porque estaba vacío, immaculado, con el diván bajo colocado en el centro mismo de la habitación, las luces apropiadas, ni un solo objeto de más, las paredes iluminadas con un suave resplandor atenuado, el suelo brillante como si todas las mañanas lo rasparan y lustrasen. Inconscientemente, hacíamos todo de forma ritualista. El lugar te incitaba a comportarte así. Lo habían acondicionado para un hombre rico y lo tenían alquilado dos devotos que sólo tenían riqueza interior. Cada uno de los libros de las estanterías había sido adquirido con esfuerzo y devorado con deleite y había enriquecido nuestras vidas. Hasta la Biblia deshilachada tenía una historia tras sí...